

A silhouette of a person in mid-air, jumping over the edge of a cliff. The background is a sunset sky with warm orange and yellow tones, transitioning into a blue sky with light clouds. Below the cliff, a cityscape is visible in the distance.

**PALABRAS**

**DESDE**

**MI**

**CONFINAMIENTO**

HISTORIAS Y CUADROS DESDE MI INTERIOR

Competencia léxica, SS 2020





# UN DÍA DE ESTÍO A LA ORILLA DEL MENO

Anna lentz

Pág. 7

# UN ADIÓS AGRIDULCE

Michelle Albert

Pág. 10

# UNA DIMINUTA DESCRIPCIÓN Y PERCEPCIÓN DE MI PERSPECTIVA DIARIA DURANTE LA CUARENTENA

Jula Dietz

Pág. 12

# EN LAS ESCALERAS FRENTE A LA CASA

Rachel kemna

Pág. 14

# PUSHKAR

Karin Druxes

Pág. 16

# LA ROSA

Leonhard Kierer

Pág. 18

# LA VIDA DESPUÉS DEL CONFINAMIENTO

Alena Paliakshanava

Pág. 21

# EL PILAR DE MI FORTALEZA

Bente Löw

Pág. 23

??

Blandine Flichy

Pág. 25

# ESCALADA DIARIA

Philipp Schüßler

Pág. 27

# LA DIFÍCIL VIDA DE UNA ESTUDIANTE

Hannah Zollner

Pág. 29

# BIENAVENTURANZA

Julia Koch

Pág. 32

# SURFEAR COMO SI NO HUBIERA UN MAÑANA

Juliane Giersiepen

Pág. 35

# MADRUGADORES

Veronika Erl

Pág. 38

# GANAR O PERDER TODO

Miriam Denk

Pág. 41

# ÁNGEL DE LA NOCHE

Olivia Zickgraf

Pág. 44

¿?

Ophelia Arnold

Pág. 46

# ÁNGEL DE LA MADRUGADA

Paula Hirzle

Pág. 48

# CUADRO DE PALABRAS

Tobias Schindler

Pág. 53

# Un día de estío a la orilla del Meno

Anna Lentz

Es un día veraniego ideal. El sol está luciendo y no se puede ver ninguna nube. Por eso nadie quiere quedarse en su casa, todo el mundo quiere disfrutar del buen tiempo. Estamos en Wurzburg en la orilla del Meno. Mucha gente está paseando en el camino cerca del río. Los paseantes disfrutan de la naturaleza alrededor de ellos. Los árboles grandes dan sombra, lo que es muy bueno en ese día de verano. Solo algunos rayos de sol encuentran su camino hacia el suelo, donde iluminan pequeñas partes de la hierba con luz. Estas sombras se mueven lentamente debido al viento suave que mueve las hojas de los árboles. También se puede oír el crujido de las hojas en el viento. Pero esto no es el único ruido en los árboles. Claramente, se puede oír el gorjeo de las aves. Es como una música de fondo permanente de la naturaleza. Un ave con plumaje maravilloso está saltando de una rama a otra. Ahora está sentado al sol y su plumaje brilla en negro, blanco y rojo.

Aquí en la orilla del Meno se encuentra todo tipo de gente, y cada persona tiene su propia historia.

Una mujer mayor está sentada tranquilamente en una piedra, mirando el río. Mira las olas pequeñas que crea el viento suave. Los rayos de sol brillan en el agua. La mujer está totalmente absorta en sus pensamientos. No se da cuenta de lo que pasa alrededor de ella. El agua que pasa la hace pensar en el flujo de su propia vida y como el tiempo pasa como el agua. Piensa con mucha tranquilidad en lo que ya ha vivido y también en lo que todavía quiere hacer.

Al lado de ella, dos niños están en el agua con los pies. En pequeños pasos se mueven en el río. Tienen la piel de gallina por el agua fría y por eso no quieren nadar en el río. Así, en lugar de nadar, uno de los niños empieza a mojar al otro con el agua. Esto les provoca risa y los dos se divierten mucho en el agua.

Atrás de estos niños está una chica sentada en un banco, también mirando el río. Parece nerviosa y está mirando su reloj permanentemente. Siempre está mirando alrededor de ella, como si buscara a alguien. También se muerde las uñas y parece muy emocionada. Mientras que la chica bate otra vez al camino en busca de alguien, un chico se acerca de lejos. Cuando la chica le descubre, su expresión cambia. Ya no parece nerviosa, sino muy alegre y aliviada. no se queda sentada sino que se levanta de su banco y le sale al encuentro con una amplia sonrisa.

Atrás de este banco, algunos jóvenes están sentados en una manta de pícnic, riendo de una broma de uno de ellos. En medio de la manta han puesto mucha comida: algunos bocadillos, una ensalada de pasta, algunos frutos y mucho más. Han pasado mucho tiempo preparando todos los pisolabis. Pero un chico del grupo está sentado solo, mirando su móvil. No participa en la conversación sino que está escribiendo algo en su móvil, con una cara pensativa. De vez en cuando echa una ojeada a los otros, pero parece como si estuviera muy lejos de ellos con su pensamiento.

Ahora una ardilla cruza rápidamente el camino cerca del río, dando pequeños brincos. Pero para algunos metros después y agudiza el oído. Mira fijamente a los jóvenes haciendo el picnic como si hubiera visto algo interesante. Se acerca lentamente al

grupo sin ser notada. La ardilla ha oteado algunas nueces del picnic y ahora atrapa una nuez rápidamente y después corre al árbol más cercano y trepa al árbol.

Al lado de este grupo, una familia está jugando al voleibol. Los padres están explicando con mucha paciencia a sus niños cómo tienen que moverse: para rematar el balón, hay que flexionar las rodillas y estirar los brazos al frente. Para que los niños puedan practicar un poquito, los padres están tirando el balón a los niños. Cada miembro de la familia parece muy contento y está disfrutando de hacer deporte. Pero en un momento, uno de los niños pega el balón con tanta fuerza que vuela bastante lejos, directamente hacia los jóvenes que están haciendo picnic. Pero mientras que ellos están charlando y comiendo, uno de ellos ve el balón de reojo y lo captura. Con una sonrisa se lo da al niño, que se acerca tímidamente.

Pues es un día veraniego del que todos disfrutan de su manera y pueden hacer lo que les gusta.

# Un adiós agridulce

Michelle Albert

Es un día lindo de verano en Wurzburg. Como como lo son todos, pero este es especialmente precioso. La lluvia de los días pasados llena los alrededores de nueva vida y deja que el verde de las hojas vuelva a brillar. El aroma de las flores se mezcla con los matices de las frutas dulces, que son invadidas por las abejas. Un grupo de amigos se encuentra en la orilla del Main para tomar unas copas de vino. Equipados con vino barato y copas desechables, los jóvenes se distribuyen por el terreno en un lugar sombreado. Siempre lo hacen así, pero esta vez es distinto. La atmósfera es tan exuberante como siempre, pero hay un cierto peso en el aire. Es la última vez que se encuentran todos juntos en un lugar porque los estudios se van a acabar en unos días. Todos se ríen y hablan de sus planes para el futuro, que son tan coloridos como la vida misma. Tan grande como la euforia es, la despedida es inmediata y se siente pesada en el pecho. Ninguno de los amigos sabe a dónde los llevarán sus caminos y si y cuándo se volverán a cruzar.

Una chica está sentada sola en el prado a la orilla del río. Apoyada en sus brazos mira hacia el castillo. Allí se puede ver las parras, que están alineadas en líneas rectas. El sol brilla a través de las hojas de los árboles y calienta su cara. Su mirada se dirige hacia el Main, que le invita a refrescarse. Cuando los rayos del sol golpean el agua del río, parece como si un millón de diamantes estuvieran dispersos allí. Piensa en lo uniforme y constante que es el flujo del río, como siempre lo ha hecho y siempre lo hará. En el árbol a su lado los pájaros están cantando canciones desconocidas que todavía suenan como música.

Mientras los demás se divierten, la chica se sienta un poco a un lado, cierra sus ojos y deja que sus pensamientos corran libres. El aire caliente del verano sopla suavemente a través de su cabello. Lentamente se deja hundir en el suelo y observa las nubes en el cielo, cómo cambian imperceptiblemente de forma de vez en cuando. Frente a su ojo interno pasan todos los hermosos momentos de los últimos años. Momentos como estos no volverán a ocurrir. Los recuerdos pasan volando a todo color como si hubieran ocurrido ayer mismo. Incluso las voces y las conversaciones le parecen muy claras. Las memorias llegan, se quedan unos segundos y siguen adelante en un orden no cronológico. Se pregunta cuánta gente ha conocido y cuánto ha aprendido de ellos. Tantas historias que la vida cuenta. Un sentimiento agri dulce se extiende en ella, lo que la tienta a tomar un gran sorbo de su vino. Disfruta del sabor que guarda tantos recuerdos y hace que su cabeza sea un poco más ligera. Antes de que se despida, tienen que pasar unas pocas horas despreocupadas, durante las cuales el dolor por el fin de un período de vida no tiene cabida.

Estudiar se considera la mejor época de la vida. ¿Y esto debería terminar ahora? No le asusta el futuro incierto. Sabe que la vida aún tiene muchas sorpresas y sonrío. Tal vez no es un adiós, sino un hasta luego.

# Una diminuta descripción y percepción de mi perspectiva diaria durante la cuarentena

Jula Dietz

Cada día la misma ventana, la misma mirada a la calle idéntica con los tres árboles grandes, listos para ponerse el vestido de primavera. En el centro de mi vista diaria la casa vieja de piedra grisácea con su pequeña torre de mala muerte me reta como algo mágico de lo que no puedes quitar los ojos. Es un silencio tierno, pero si se mira de cerca, ocurren un sinfín de cosas. Una ardilla salta con confianza por el jardín, sin saber que tiene un observador silencioso. Los pájaros se apoderan de todo el cielo y me muestran la libertad que echo de menos. Juguetes de plástico coloridos están en un arenero de la escuela vecina. Con los niños la otra excitación ha desaparecido, no más gritos de alegría o el sonido monótono de la pelota golpeando la portería de metal por enésima vez. Qué tiempo tan extraño. Parece tan tranquilo, tal vez porque he venido a descansar. No pasa nada excitante, pero si te tomas el tiempo de mirar, ves más de lo normal. La mujer del tercer piso, con un café en la mano derecha viene y pone sus

antebrazos en el alféizar de la ventana y enciende su cigarrillo, como yo lo hice hace unos minutos. Al fumar asentimos con la cabeza desde la distancia sin excitación, pero con la sensación de que tenemos que continuar el ritual diario. Somos como viejas amigas aunque nunca nos hayamos cruzado una palabra. Los dos hombres de las gorras rojas atraviesan la gran puerta de la entrada principal a la hora del almuerzo, después de unos minutos la puerta del balcón del segundo piso se abre y salen con una comida ya preparada. Estoy seguro de que están haciendo trabajos manuales. su complexión es robusta y se mueven sin perder tiempo. Celebran la comida como si fuera algo sagrado todos los días, pero después de una mañana de trabajo, puedo imaginar que también lo es para ellos.

Son las pequeñas cosas que ves cuando no buscas nada en particular. He maldecido este tiempo y me he opuesto a él con angustia y desconcierto, pero la duración ha demostrado que la desaceleración y el descanso puede producir una nueva forma de ver las pequeñas bellezas de la vida.

# En la escaleras frente a la casa

Rachel Kemna

Fue una noche de julio. El sol ya se había puesto, pero aún se podía sentir el resto del calor que había extendido a lo largo del día. Era casi como si todavía se pudiera oír la risa de los niños que habían estado jugando en la calle hacía tan solo unas horas. El olor a protector solar y limonada fresca estaba en el aire, la caseta de helados en la esquina había hacía solo unas horas y en los jardines todavía estaban las tumbonas en las que la gente había tomado el sol durante el día. Todo sabía a verano, alegría y libertad.

Sin embargo, en las escaleras frente a una de las casas no se sentía nada de esa ligereza del verano que había determinado el día en esta calle. Más bien, se sentía como si una gran nube gris colgara sobre estas escaleras, oscureciendo la imagen y haciendo que todos los pensamientos del verano y la ligereza se desvanecieran. En estas escaleras se sentaron las amigas Julia y Anna. Anna había apoyado su cabeza en sus manos y miraba al suelo delante de ella con una mirada vacía. Julia se sentó a su lado, ligeramente inclinada hacia delante, y le habló. “¿Qué ha pasado, Anna? ¡Tienes que hablar conmigo!” Pero Anna se hundió aún más en sí misma y no dijo ni una palabra. El silencio se apoderó de las dos amigas y Julia puso su brazo alrededor de Anna y le dio una palmadita en la espalda sin saber por qué la estaba consolando. Así se sentaron

allí un rato y Julia pronto se puso un poco nerviosa porque no sabía si debía decir algo más o quedarse callada.

Pero en ese momento Anna empezó a hablar de repente. Su voz era suave y cascada, así que Julia casi no podía entenderla: "Simplemente no sé cómo decírtelo." Julia se acercó un poco más y preguntó: "¿De qué estás hablando?" Y de repente Anna empezó a temblar por todo su cuerpo y se puso a llorar. Miles de lágrimas corrieron por su cara mientras su amiga la apretaba con fuerza contra su hombro. Julia la abrazó con mucha fuerza y le acarició la cabeza. "Tranquila, chica, tranquila. Cuéntame lo que pasó.", dijo con una voz tranquilizadora. Anna se enderezó y miró a su amiga con los ojos llorosos. "Estoy embarazada, Julia.", dijo con la voz temblando. Julia se estremeció y miró a su amiga con incredulidad. "¿Qué? Pero... ¿Cómo? ¿Y cuándo? Y... ¿Quién?", gritó. Anna esquivó la mirada de su amiga y se alejó un poco hacia la barandilla detrás de ella. Casi parecía como si quisiera ponerse a cubierto de Julia. "Es de tu novio Pablo", susurró y su voz casi fracasó cuando pronunció el nombre.

Julia miró a su amiga aturdida. Con la boca y los ojos abiertos, se sentó allí un rato. Después de unos segundos su cara se endureció, puso su boca en línea recta y apretó los hombros. Con una voz peligrosamente calmada y tranquila dijo: "Nuestra amistad ha terminado, Anna. No quiero verte nunca más." Sin decir una palabra más, se levantó, bajó las escaleras y caminó por la calle. "¡Julia!" gritó Anna. "¡Vuelve, puedo explicarlo!" Pero Julia siguió caminando sin darse vuelta hasta que Anna no pudo verla. Anna dejó caer su cabeza y de nuevo la apoyó en sus manos y se puso a llorar. Así se sentó en las escaleras frente a la casa en la calle que olía a verano y lloró como unos minutos antes. Pero esta vez sin una amiga a su lado.

# Pushkar

Karin Druxes

Por la mañana, nuestros dos jeeps salen de la puerta de la ciudad y cruzan llanuras polvorientas con arbustos secos en los que brillan flores rojas. Horas después nos detenemos en un estacionamiento arenoso, donde los camellos están atados; nos abrimos camino a empujones a través de la gente, pasando casas coloridas y el templo de Brahma, dirigiendonos hacia el lago, el lago sagrado.

En los ghats nos quitamos los zapatos, observados con curiosidad por un grupo de lémures de cara negra, y bajamos las escaleras hacia los Brahmanes, uno de los cuales, un hombre delgado y quemado por el sol, adornado con joyas de plata, ya nos saluda. Un visitante amante de la tranquilidad que acepta someterse a un ritual brahmán aquí se salva de otros intentos de bendición.

El brahmán nos invita a sentarnos en el escalón más bajo, donde el agua casi nos baña los pies. Después de negociar nuestra donación con nosotros, el brahmán pone flores y arroz en nuestras manos, aplica kumkum rojo en nuestras frentes con su dedo índice y, murmurando mantras, riega nuestras rayas con agua del lago; las gotas corren por mi nariz y caen sobre la ropa. Finalmente, el brahmán ata una cinta bicolor de hilo de lana alrededor de nuestras muñecas.

Después de darnos su bendición, él desaparece; los muchos lémures que se han agachado detrás de nosotros por un tiempo también han perdido interés en nosotros. Nos quedamos sentados un rato, sintiendo que el calor aumenta gradualmente y que el cielo y el aire parecen casi blancos en el calor del mediodía. Todo es silencioso excepto por los gritos de los pájaros sobre el lago.

El lago envía suaves olas contra los escalones, el calor nos hace torpes y lentos, todas las extremidades parecen pesadas. Después de lo que parece una eternidad, nos levantamos y caminamos a lo largo de los ghats, vemos hombres y mujeres haciendo rituales en estrechas pasarelas de piedra, nos encontramos con perros y hacemos espacio para vacas para las que los altos niveles de los ghats no parecen ser un obstáculo. Las mujeres suspenden pañuelos de colores que ondean en el viento.

Finalmente caminamos hacia las escaleras que conducen a la ciudad, nos sentamos en un banco de piedra, respaldándonos contra la roca cálida por el sol, y nuestra mirada deambula por el lago por última vez. Estamos en Pushkar.



# La rosa

Leonard Kierer

La ciudad animosa, la gente persiguiendo su rutina diaria, pensamos, '¡Qué laboriosos son!', cuando miramos el bullicio de este día recién horneado. Tiempo de pantalones y camisetas. Mientras volamos en el cielo, observamos inadvertidos como las abuelitas regatean en el mercado, como los empresarios, leyendo el periódico, toman café solo, colillas juntos a sus pies, como van de un lado a otro los autobuses y las bicis, como fluye el río...Pensamos, mientras vamos lentamente a la deriva del viento, pensamos nada y mucho... Ver el mismo movimiento perpetuo cada día nos aburre, nos hace sentir como si a fin de cuentas, no hubiera cambiado nada. Observamos la escena con cierta indiferencia. Hace viento tibio. Pero, ¿qué vemos por allá? Alguien se detiene. Baja por esa calle, no más que una silueta desenfocada, separándose del fondo más con su inmovilidad que con su forma, alguien se queda quieto. Alguien se sale de lo normal. Pues, pensamos, ¿por qué no? Cambiamos dirección, subimos a contra corriente y al acercarnos, la figura se aclara, pierde su aire misterioso, lo que nos queda es un hombre de estatura media. Está de pie, quieto, manteniendo su posición como

si no tuviera en cuenta la vida que se desarrolla a su alrededor. No se da cuenta ni de los coches que pasan, ni de los pasantes, ni del ruido de las máquinas de la obra cercana, ni de las canciones de los pajaritos. Su cuerpo se queda congelado en la acera, un brazo ligeramente elevado, una mano extendida hacia uno de los arbustos en flor del jardín delantero del bloque de pisos adyacente. No mueve ni un músculo.

Pero, ¿Qué piensa? A ver...

No puede comprender la vida. Cómo puede ser posible que un día, el mundo consiste en maldiciones, en la percepción del ocaso acercándose desde las profundidades infernales siempre temidas que lleva en su propio ánimo, que se convierte en su principal enemigo, lleno de furia y hastío, gritando sin parar que basta ya, todo, y el otro día, ¡puede oler rosas!

Las puede tocar con su propia mano, palpar con sus propios dedos estos finos pétalos rojos que se envuelven mutuamente como si protegieran su centro común, manteniendo su secreto común, revelándolo solamente por susurros de fragancias tan ligeras. Todo esto lo lleva en su mano. Siente como si estuviera mirando una rosa, percibiéndola aquí mismo por primera vez con más que sus ojos. A él le parece como un enigma, como si la rosa prometiera una pista para la vida, tan llena de significado, todo le parece tan lleno de significado en este momento, siente como si estuviera al borde del entendimiento, la rosa le promete explicar qué quieren decir las señales, lo que significan, le hace presentir la solución, le hace entender: Tienes una existencia. Existes.

Existo. Mientras me quedo mirando esta rosa, me percato por primera vez en mucho tiempo que existo. Como si fuera necesaria la rosa para recordarme esta verdad, esta condición fundamental de mi vida. Al ver esta maravillosa opulencia, me acuerdo de

que existo yo. La vista llama mis esencias, despierta mi alma hibernante, hace jubilar mi corazón. Y me despego.

Vuelo arriba, hacia las fulgentes nubes matinales, atravesando el cielo del aire fresco que llena mis pulmones, ¡puedo respirar! Con mis colores bailando, vuelo encima de ...¿de qué?

¿Qué es lo que me hace volar tan libremente? Lo que me hace sentir esta libertad inmensa, como si me encontrara desintegrando mi pecho con cada respiración tan libre, llena de libertad, tanta libertad llena de límites, siento explotar mi pecho, las emociones liberándose, ¡qué abundancia!, una explosión como una creación, creando como Dios, rebelando como Prometeo, una marcha, fuga, desintegración, mis esencias se desintegran, rayos alejándose de manera diametral, está radiante mi alma, se fuga, ¡se escapa de mí! Cuando saborea la libertad, mi alma me deja, y cuando yo vuelo, aumentamos la distancia entre nosotros, mi alma dispara por arriba y yo vuelo...¡caigo!

Caigo hacia abajo, vacilante al principio, más y más, gano velocidad, acelero entre cielos en llamas, con impacto infernal rompo las nubes y desaparezco en una tormenta que me estalla, pierdo mi materia, el rojo me envuelve, me digiere, me convierte, me entrega, un hueso, carne viva extendiéndose, uniéndose, mas abajo, un brazo, una mano, una rosa.

Llevo en mi mano una rosa.

# La vida después del confinamiento

Alana Paliakshanava

Hemos vivido casi toda la vida sin saber que es estar en cuarentena. Hemos dado las cosas por sentadas, como suele pasar. Pero, de repente, la vida ha cambiado muchísimo y hay que intentar encajar esta nueva normalidad. Sin embargo, la cuarentena ha descubierto nuevas formas de vivir y disfrutar lo poco que tenemos. Aunque ahora cada mañana es parecida a otra, y hay personas que están viendo todo bajo un prisma gris, y yo no lo veo así. Solo ahora recibí una buena oportunidad para disfrutar mañanas prolangadas porque ahora las mañanas son la parte del día en la que tengo más tiempo disponible para mí.

Las mañanas en la cuarentena son largas. No me gustan las mañanas frías y nebulosas, parece como si alguien hubiera robado el sol. Prefiero las mañanas con muchos rayos del sol, con ganas de levantarme y empezar el día sonriendo. Antes de levantarme, me tumbo de espaldas y me estiro escuchando los pájaros volando y cantando fuera. Casi

se puede oír que te desean un buen día. Algún momento estoy mirando el cielo tan azul y grande y que me transmite tranquilidad, paz y despreocupación y finalmente me levanto. A veces puedo escuchar cómo la niña de los vecinos empieza a jugar con el perro, y si se presta oído, se puede escuchar su risa contagiosa.

Lentamente bajo por la escalera para prepararme la cosa más bonita de cada mañana- el café. Negro, fuerte, con olor a felicidad y energía. Me gusta inhalar este aroma natural pensando en los planes grandes para el día, imaginado la felicidad al final del día de haber hecho lo que he planificado. Este olor me ayuda desconectar de la noche y estimularme por el día. A menudo estoy mirando la máquina que hace su rutina moliendo los granos de café, hirviendo el agua, mezclando el café con agua y al final agitando la leche y añadiendo al café y ya veo la bebida saliendo de la máquina. Y menos de un minuto después ya estoy feliz con el café en la mano. Mientras bebo, estoy haciendo una lista con las cosas importantes para el día. Por simple que sea este café, parece que es el mejor momento para empezar el día.

Después de tomar un café mi vida cotidiana en la cuarentena sigue con gimnasia matinal. Me ayuda una aplicación de móvil que contiene varias opciones de diferentes ejercicios para todos los niveles que van acompañados con guía paso a paso con fotos o vídeos. Al inicio hago calentamiento inicial y estiramientos cuando finalizo. La amplia variedad de entrenamientos no me permite aburrirme y cada día puedo elegir un programa con el que me siento a gusto.

Cuando termino, ya no estoy dormida, no me apetece más tumbarme otra vez en la cama para dormir un poco más soñando con algo. Ya me apetece empezar a vivir y disfrutar el día como si no hubiera un mañana.

# El pilar de mi fortaleza

Bente Löw

Extendiendo mis brazos cierro mis ojos, como si fuera la única persona en el mundo. El viento aúlla mientras juego con el pelo y acaricio cada centímetro de mi piel como si fuera un amante hambriento, muriendo por bailar conmigo. Ha pasado mucho tiempo desde que estuve en este lugar tan especial. Oigo el murmullo del agua corriendo y el impacto de las olas contra la roca, que suena como si dos titanes lucharan sin respiro, ansiosos por derrotar al otro. La roca siendo estoica, silenciosa, mientras tanto, el mar se eleva una y otra vez con su enojo, alzándose contra el gigante. Este lugar es mi roca, mi pilar de fortaleza, mi refugio de la maldad, de la ira y del odio, en la que toda mi vida desaparece como si fuera un monstruo que devora todo lo bueno en la vida. Me pongo de rodillas en admiración, como si estuviera en una iglesia antigua, abandonada y aún así completa de fantasmas vivientes cuyas voces no han sido escuchadas y que están ávidos de compartir sus historias. Al levantarme con suavidad, miro el borde del acantilado, hipnóticamente como si fuera una serpiente que debo poner en mi hechizo. Lentamente pongo un pie delante del otro, como si

fuera una novia en el camino al altar emocionada. Llegando al borde del acantilado ando de puntillas, balanceándome de izquierda a derecha, inhalando el aire fresco, finalmente sintiéndome viva al tirarme por el acantilado.

El mar me envuelve suavemente, como si fuera mi querida mamá y, de repente, estoy de vuelta en mi guardería, mirándola con ojos grandes cuando me besaba en la frente. Aquí en este momento me siento segura, me siento completa.

?

Blandine Flichy

María vuelve a casa como todos los días, pero hoy tiene miedo. En el coche, su corazón que palpitando y las manos húmedas en el volante. La radio está encendida y hay música que pasa, pero que no escucha. No puede. Cuando llega a casa, aparca delante del gran e imponente portal. Nunca le ha gustado este color, este gris que le recuerda a una cárcel. después de unos minutos, decide entrar en la casa.

Abre la puerta lentamente y la cierra detrás de ella sin movimientos violentos, como si no quisiera hacer ruido por un niño que duerme. Roberto está en la cocina, sentado en su espacio habitual, en la silla blanca a la derecha de la mesa. Tiene las manos puestas en la mesa como si supiera que María volvería a casa en este exacto momento. Cuando le ve, María siente sus rodillas temblar y sus mejillas ponerse rojas. No quiere tener esta discusión y tiene miedo de lo que va a pasar en las próximas horas. Mientras que ella se quita el abrigo y pone su bolsa, Roberto se queda quieto y tranquilo. El silencio que reina en la sala es insoportable para ella, que le rompe de manera directa. « ¿ qué tal tu día? » le pregunta quedándose con calma, como si nada.

Roberto no se mueve. El ambiente que hasta aquí fuera neutral se transforma inmediatamente en una atmósfera tensa indescriptible.

« ¿ No crees que hay cosas más importantes para hablar? » le responde firmemente. Roberto no se mueve. María puede ver sus pies perfectamente alienados en el suelo, sus piernas musculosas e inmóviles. Es lo que le gusta: Roberto tiene esta imagen de hombre fuerte que no se mueve delante de nada. Parece que no tiene miedo y que puede protegerla de todo. María estaba en sus pensamientos, pensando en la primera vez que vio a Roberto, el amor a la primera vista que había sentido. Pero la interrumpe de manera instantánea.

« Ya he hecho mis maletas. Me voy con Alessandra, María. »

La mujer siente cómo se enturbia su mirada. No puede oír nada tampoco, como si tubiera un casco en las orejas. Su corazón palpita tan fuerte que no puede escuchar lo que dice el que fuera su prometido. Roberto continúa hablando y se queda tranquilo. María no puede creer lo que pasa actualmente. No había previsto todo esto.

Lo más sorprendente no es la salida de Roberto, es el hecho que María no puede pensar a otra cosa que toda la boda que ya estaba organizada. ¿ Cómo va a decirlo a toda su familia? ¿ Y los invitados? ¿ Quién va a llamar los empleados del servicio para anular todo?

Es cuando Roberto se siente molesto porque María no reacciona, porque se da cuenta de que no escuchaba nada de lo que decía el hombre desde el principio.

« ¿ María? ¿ No tienes nada que decir? »

Levanta la mirada y ve los ojos empañados del hombre. Queda silenciosa mientras Roberto empieza llorar como un niño pequeño.

« ¿ Por qué no reaccionas? Todo lo que quiero es que me retengas, pero ahora no haces nada. »

Fue en este momento exacto que se da cuenta de que no pueden estar nunca más juntos.

# Escalada diaria

Philipp Schüßler

\*clack\*. El sonido de las llaves que son lanzadas en el cuenco tuvo tanta energía, tanta agresividad que ya sabía que algo andaba mal mal con ella esa noche. Sentí cómo mis pelos en el brazo se ponían en piel de ganilla. No sabía por qué, pero me di cuenta que no podía ser positivo. “Philipp, por qué están tus zapatos en frente del amario? Te he dicho claramente que son estas cosas exactas que arruinan mi día!” Me quedé irritado. Estaba tan agresiva por mis zapatos? O solamente buscó una excusa para enfadarse con alguien, porque su vida estaba mal? No pude controlarlo, sentí que mi mano formó un puño cavando en mi piel. Mi Mama tenía un talento de atribuir la causa de su estado anímico malo a los demás. Aunque sabía que no era la realidad, me quedé pensando si hice algo mal. Respiré profundamente tres veces y mi puño se fue lentamente. “Mama, cálmate por favor, no he hecho nada. Solamente son zapatos, el mundo todavía gira.” Pero ese día fue diferente. Normalmente sabía cómo reacciona mi madre en esas discusiones, en efecto su cara formó una expresión que todavía nunca he visto. Sus ojos estaban abiertos, lejos con un mirada que atravesó mi alma. Su cara

tenía un color como la sangre y la posición de sus labios me dijeron que el mundo realmente acaba de girar ahora. “Que has dicho cabrón? Cómo hablas conmigo? Ve al amario y recoge tus zapatos ahora!” Corrí para recoger mis zapatos pensando en las cosas que pasarían si no lo hiciese. Decidí que posiblemente no fue el momento adecuado para hablar con ella sobre su estrés del trabajo y me fui desilusionadamente a mi piso otra vez.me tumbé encima de mi cama. Todo mi cuerpo se sentía como un saco de cemento, como si fuera una piedra inamobile. No podía mover y mi brazo derecho, colgando del lado de la cama se volvió entumecido. “Tengo que hablar con ella eventualmente, no hay otra solución. No existe un plan b.” Después de ordenar mis pensamientos, cogí todo mi brío y dejé todo mi orgullo. Con dedos blandos, que casi no pudieron arragar la perilla, abrí la puerta de mi habitación. “Inspirar... espirar... y vamos!” Mama estaba en la mesa leyendo al periódico. Sin mirarme y con una voz autoritaria dijo: “Vienes aqui para pedir perdón?” “En absoluto, mama, pero de hecho quiero resolver la situación, tenemos que hablar” Con gravedad en mis palabras me senté en la mesa también. Su mímico cambió. Puedo decir que mi deseo de expresarme fue honesto. “No es que quisiera tratarte con poco respeto, pero en realidad nunca me escuchas cuando quiero presentar mi visión de la situación” empecé de explicar. No me acuerdo de toda la converación, pero pasamos mucho tiempo discutiendo. Sin embargo, fuimos capaces de resolver nuestro conflicto expresando lo que sentíamos e intentando entender la perspectiva de la otra persona. Al final puedo decir que no tiene sentido enfadarse sobre todas las cosas pequeñas o conflictos en la vida. Por esto es importante resolver conflictos y en absoluto debemos tragar nuestros sentimientos si estos resultan en tristeza. La vida solamente es demasiada corta para que nos enfademos sobre cosas nimias cada día. Como un hombre sabio una vez me dijo: “Vive como si no hubiera un mañana”  
(La historia es fictiva y no tiene ninguna relación con mi vida... casi)

# La difícil vida de una estudiante

Hannah Zollner

Me sale un suspiro cuando me hundo/deslizo más profundamente en la silla.

El fin de semana fue super agotador. Fui visitada por una amiga y no tenía ni un minuto para mi sola. Disfruté demasiado los días con ella, pero caminamos mucho, nos quedamos despiertas hasta tarde y también tomamos. Pensando en eso, siento la tensión de mi cuerpo y empiezo a presionar mis pies contra el fondo alternativamente. Para aflojarlos, comienzo a estirar y reflexionar los pies como lo hacen los gatitos. Mirando a un espacio en blanco recuerdo todas las tareas para la universidad que no pude completar este fin de semana.

Ahora que mi amiga se ha ido tendría tiempo para reponer todo lo que me faltaba. Por lo menos ya había limpiado la habitación y luego quería empezar a hacer los ejercicios para la universidad.

Pero en el momento de sentarme en el balcón, se me ha ido toda la energía. Llegó la fatiga y de un momento a otro me sentía tan cansada que ni podía levantarme.

Mi cuerpo se siente como si estuviera lleno de piedras tirandome hacia abajo y presionándome contra la silla.

Así que me encuentro en el balcón, con una intención y en la teoría lista y con tiempo para estudiar, pero me falta la motivación.

Mientras despero la inspiración para estudiar, inclino mi cabeza de un lado al otro y dejo que mi mirada vague sobre cielo de color celeste. Mis ojos paran, viendo una nube. Es la única que hay en esa pantalla azul y parece que estapegada en el punto, no se mueve. Así, calmado y sin movimiento el cielo parece una pintura.

Mi foco vuelve a la computadora. Un documento word vacío me responde a mi mirada. No He escrito más que una frase. Estoy molesta porque no encuentro mi concentración pero al mismo tiempo me encanta no hacer nada por el momento y solamente observar el ambiente.

Aunque ya es tarde, se nota que el día era super caliente. De vez en cuando una brisa de aire acaricia mi piel y refriga mi cuerpo que todavía emite el calor que recibió del sol durante el día.

En la distancia se escuchan gritos de las cornejas. Levanto mi cabeza y dejo mi intención de concentrarme de nuevo. Veo las cornejas como navegan en el cielo encima de una grúa. Innumberables pájaros se han sentado en lal grúa, así que esta tapado de arriba abajo.

He apoyado mis codos en la pequeña mesa en mi balcón y ahora pongo mi cabeza adentro de mi palma para descansarla en mi mano. Mi mirada baja, vagando por el patio.

En otro balcón hay hombres sentados, hablando sobre sus vidas. En su mena descubro dos vasos y una botella de vino. Podría escucharlos claramente si quisiera. „Que

desventaja de la vida ciudadana”, pienso. Pero apago su conversación mental, así que las palabras no sean más que un murmullo en mi cabeza.

En el fondo todavía se escuchan las cornejas.

Con las yemas de la otra mano empiezo a recorrer mis pómulos. Como consecuencia del contacto de mi dedo con mi piel, empiezo a sentir un dolor sencillo.

Antes en el baño, cuando echaba una mirada al espejo, vi que mis pómulos se han puesto rojos al quemarse en el sol de mediodía.

Bajo mi mano y me hundo más profundamente en la silla, otra vez. Cierro los ojos y sueño con estar en otro país y de vacaciones. Me imagino estar en Italia sentada en una terraza, oliendo las coníferas, el mar y más importante, la comida. La comida la puedo oler en realidad también, porque alguien cerca está cocinando con la ventana abierta.

Ahora anhelo un lugar caliente, tranquilo y cómodo. Tengo que pensar en mi cama.

Abro mis ojos y otra vez veo la pantalla vacía. “Bueno.”, pienso. „mañana es otro día.”

# Bienaventuranza

Julia Koch

En el asiento posterior de este mal amortiguado „pick-up“ me lleva la sacudida de mi vida. La mochila en mis piernas cansadas y pesadas estamos conduciendo a través del desierto en Jordania. Mis muslos están tocando el pantalón de Paula a la derecha y la pierna de Anja a la izquierda. Aunque no entendemos ninguna palabra, estamos escuchando el canto de la lengua demasiado extraña que hablan el conductor, Jemel y su hermano, Adil. De vez en cuando conversamos todos juntos gesticulando con las manos y con los pies. Nos Muestran a unas ruinas y nos cuentan que en este suelo seco y pedregoso hubo una ciudad animada hace mucho tiempo. Al menos es lo que entendemos. Los dos beduinos viven en un lugar parecido, la libertad es su bien supremo. Su alegría de vivir es contagiosa. Continuamos el agitado camino con las ventanas abiertas, el viento me remolina el pelo suelto, siento un cosquilleo del sol en mi cara. El aire está corriendo en mis pulmones cuando estoy haciendo unas profundas respiraciones. Está dominado por un olor corporal mezclado con humo. Cierro los ojos

y siento mi caderna presionando entre mis buenas amigas. Son mis personas favoritas para vivir este viaje.

Pienso en la excursión que ya hemos logrado, nunca he visto una naturaleza tan impresionante. El camino atravesó una campiña de belleza incomparable. Mientras admiro las montañas de piedra roja que se levantan a ambos lados, me siento pequeña, reverente y sumisa ante esta magnificencia.

Mis pensamientos vagan por la vivienda donde vamos a dormir esta noche, el tiempo restante en este país diverso con ciudades modernas y la cultura islámica profundamente enraizada albergando residentes con la más grande franqueza, tolerancia y cordialidad que el mundo haya visto en ningún otro lugar.

Mis pensamientos vuelven al presente cuando paramos repentinamente. Nuestras miradas entre nosotras, las chicas, se cruzan, no sería posible que ya hemos llegado a nuestro objetivo, el hostel. Previamente nos han dicho que el recorrido en coche duraría dos horas como mínimo y una mirada a mi reloj me indica que sólo han sido treinta minutos. Estoy alarmada que somos tres jóvenes alemanas y rubias conduciendo en compañía de dos hombres desconocidos en una región completamente apartada del mundo. Al momento siguiente, Jemel se pone de pie, manteniendo la calma desaparece por unos minutos en una carpa, parece como una pequeña tienda. Soy una persona impaciente y estos minutos esperando se prolongan como una eternidad. Mi pulso se acelera y siento que la tensión está aumentando en nuestro asiento posterior. Finalmente Jemel vuelve con una bolsa en sus manos. Ha comprado refrescos para todo el grupo, nosotras, las chicas, incluidas! Nos sentimos muy agradecidas y le dijimos „shukran“ una y otra vez. Al mismo tiempo hay un poco de sentimiento culpa y vergüenza en el ambiente, porque hemos cuestionado el buen corazón y la generosidad de los hermanos.

Estoy sintiendo un momento de pura bienaventuranza de manera muy intensa: El sabor de fanta fresca tiñe mi aliento, mi mirada se dirige al paisaje fascinante y me doy cuenta de que tengo una sonrisa en los labios.

# Surfear como si no hubiera un mañana

Juliane Giersiepen

Se subieron rápido al coche, el grupo de amigos, para irse a la playa donde están las olas perfectas. Están de vacaciones juntos en una de las mejores playas de México para surfear. Los momentos perfectos para surfear varían y dependen de la marea alta, además cada día están en otro lugar. Para el día de hoy el grupo descubrió que hay el lugar perfecto en una playa aislada, a cuarenta minutos del alojamiento. En ese mismo momento se ponen en camino hacia este destino.

En el coche están los seis amigos, emocionados y pensativos, que estarán en la playa por la tarde para la marea alta y quedarse hasta la noche. Las tablas de surf ya están puestas arriba del coche, las cervezas las pusieron en la nevera portátil. Algunos de los que se sentaron en la parte de atrás del coche ya abrieron su primera cerveza para refrescarse un poco. Todos los chicos y chicas llevan ropa de baño y se pusieron crema

de sol. Hay un calor enorme afuera y las ventanas del coche están bajadas y el viento acaricia la piel. Todo el mundo se queda callado y tiene en la cabeza lo que va a pasar el resto del día.

En cuarenta minutos van a llegar en la playa llena de palmas, donde el sol brilla y la arena es pura. No necesitarán más que ropa de baño porque siempre hay mucho calor por el sol. Esperan que no haya nadie en la playa, porque no es famosa y muy solitaria. Solo habrá un restaurante típico y rural, así no tendrán que estar angustiados por no tener comida. Pero primero, cuando lleguen, todos querrán bajar del coche y retirar las tablas de surf para entrar en el mar.

Todos están pensando en que olas les están esperando y se quedan nerviosos. Piensan en el momento de entrar en mar tibio. Con la tabla de surf llevando debajo del brazo, y la leash ya fijada en el tobillo. Corriendo así hacia el agua, el grupo ya tiene sus ojos en las olas buscando el momento perfecto. Siempre viene una serie de tres olas. Al principio es importante remar más afuera. Boca abajo, colocando los dedos de los pies al final de la tabla y el tronco en la mitad de la misma. Con toda la fuerza en los brazos se mueve la tabla más hacia el mar. Se gira y se queda acostado. Con la ola subiendo en su espalda, reman otra vez y se erguen. En la mitad de la tabla, un pie colocado enfrente y el otro atrás, se levanta, pero se agacha un poco. Así sería la posición perfecta para la ola perfecta.

Todo eso ya no pueden esperar más los amigos. Que puedan sentir la sensación de estar en la ola en la mitad del mar. Y que el sol toque la piel y a veces algunas gotas de agua. Después de todo eso estarán agotados y con hambre. Trajeron algunas cervezas de la nevera, que todavía pueden tomar después del surf. Sentados en el restaurante,

tomando algo y comiendo mariscos frescos y mirando al atardecer: Así les gustaría acabar su día de surf.

Todavía faltan 40 minutos hasta que lleguen y tengan la experiencia que esperan.

# Madrugadores

Veronika Erl

Un pueblito costero cerca de Valparaíso, Chile: desde las suaves colinas, hay una hermosa vista del litoral entero – desde las casas coloridas y caóticas de la ciudad hasta los viñedos verdes y las poblaciones en los cerros. Aún es muy temprano, pero el sol ya está a punto de nacer: estamos en pleno verano. Con la primera luz del día, el pueblo despierta poco a poco. El aire tibio está moviendo las hojas verdes de las palmeras y acaricia la tierra seca y arenosa, blandamente, como si quisiera despertar a su amante. Ahora el sol está subiendo lentamente, haciendo brillar el mar azulado en miles colores. Las olas vienen y van, dejando espuma blanca sobre la arena como besos de sal.

Uno tras otro, los microbuses empiezan a correr arriba y abajo de los cerros populosos, abajo y arriba a toda velocidad, compitiendo por los pasajeros madrugadores. Mientras los habitantes de las casas grandes y lujosas junto al mar siguen durmiendo detrás de

muros insonorizados y persianas cerradas, los vendedores de verduras ya han bajado de la población donde viven los menos adinerados. En la plaza principal, donde llevan muchos años poniendo su mercancía en venta, colocan sus cajas llenas de aguacates y plátanos y duraznos y muchas otras frutas para que pueda comenzar el mercado semanal.

Al mayor de ellos le duele la espalda de agacharse para levantar las cajas pesadas. Se sienta en una silla de plástico hasta que vengan los primeros compradores. Con tranquilidad se pone a fumar un cigarrillo, dibujando anillos de humo en el aire puro y salado. Es un señor de aproximadamente setenta años, tiene la cara llena de arrugas y líneas de expresión, observando la ciudad soñolienta con una mirada atenta. Viene a trabajar en ese lugar todos los sábados desde joven. La plaza sigue siendo la misma, llena de arena que el viento trae de la playa cercana, pero él ha cambiado: su cuerpo no aguanta los mismos esfuerzos como antes, su cara y sus brazos siempre están un poco quemados por el sol, sus hombros y espalda tensos, y si tuviera seguro médico el doctor probablemente le recomendaría un reemplazo de cadera – pero parece muy contento en su silla con su cigarrillo, disfrutando sencillamente de estar ahí en silencio antes de que empiece el ruido del mercado.

Las campanas de una iglesia indican la hora: son las 7 de la mañana. Todavía la plaza está casi desierta. De un recorrido enfrente del mercado aparecen dos jóvenes en trajes de surf cargando sus tablas encima de sus cabezas. Los surfistas cruzan la calle principal sin mirar, como si fueran los únicos en el mundo. Están platicando pero el vendedor solo escucha fragmentos de sus palabras. Se rasca la barbilla, nunca ha estado interesado por ese deporte moderno. Su nieto pequeño quiere ser surfista cuando crezca. Se encoge los hombros. Pobre niño, más pronto que tarde se dará cuenta de lo que cuesta un traje o una tabla... Enciende otro cigarrillo, lo cual le hace toser.

En una de las casas grandes, alguien ha despertado y está subiendo las persianas. Ahora más gente está llegando a la plaza, saludando a sus amigos y vecinos, quienes también han venido por el mercado. El verdulero apaga su cigarrillo y levanta su voz ronca: “¡Paltas, paltas a dos lucas!” Y así rompiendo el silencio mágico de la madrugada, comienza el día de mercado.

# Ganar o perder todo

Miriam Denk

El panel muestra los puntos 24 y 24 en un color rojo brillante y en el caso de que tu equipo consiga este último punto con el siguiente saque, que tú tienes que hacerlo, ganaríais este partido importante. Ya todas están sudorosas y agotadas, sin embargo, apasionadas por el deporte y entonces surge la decisión grande: ganar o perder. Lo va a decidir este último saque. Con la pelota, aguantada fijamente entre tus manos, las cuales ya están temblando a causa de la tensión, te acercas erguida y segura de ti misma, paso a paso y lentamente en la línea final del terreno de juego mientras todos los ojos están mirándote exactamente. Tan pronto como te giras en dirección al equipo contrario, sientes como tu extensión está creciendo, manifestando en una mezcla de sentimientos que te ponen nerviosa y también en un estado de concentración enorme.

Te Quedas esperando al pitido inicial, mientras tanto, siempre andas a pasos cortos con la paleta de modo que te puedes concentrar mejor. Tus pies se colocan robustamente en el suelo negro y la mirada está fijanda en la paleta. Con el pitito inicial

empiezan los ocho segundos para llevar a cabo el saque, solamente el transcurso como tienes que hacerlo está cruzando tu memoria. Empieza con dar un paso con tu pie a la izquierda lentamente, pero con seguridad, al frente. En este momento de concentración olvidas todo como si te encontraras en otro planeta. No te das cuenta de los espectadores gritando y apoyando los equipos con gritos fuertes ni a las jugadoras fijándose con sus ojos concentrados. Solamente la paleta y tú. Ningún ruido. Tu brazo izquierdo está alargado al frente, mostrando en dirección de tu destino y está aguantando la paleta en la palma del mano, lo sigues con tu mirada, concentrada. Mientras das otro paso rápido con el pie derecho en frente, retiras tu brazo derecho en dirección de tu espalda. En tu cabeza está flotando la idea que siempre te dijeron “retira tu brazo en dirección de tu espalda como si quisieras tomar algo de tu mochila. Tú abres tu palma de mano derecha, preparada para acertar con la paleta y así está pasando el golpe.

Miras esperanzadamente como la paleta se mueve en el aire en dirección al campo contrario, rápidamente y fuertemente, circula en una velocidad como si fuera un desprendimiento de piedras. Lo sigues brevemente con tus ojos desorbitados y entusiasmados por los círculos flexibles que hace la paleta como si bailara con el entorno. Al volar, los colores de la paleta, azul y amarillo se atontan, resulta en una mezcla de colores que no puedes distinguir, cambiados y fascinados. Hipnotizada por la mezcla de colores, olvidas todo el entorno, por eso no das cuenta de los espectadores gritando fuertemente y alentando a los dos equipoa, ni adelas jugadoras del equipo contrario. Fascinada por la paleta solamente tienes tiempo para mirarla y te parece que haya una explosión de emociones, alegría y sorpresa, que te ponen contenta. Te Quedas en está posición en la que flexionas el cuerpo erguida sin terminar el seguimiento de la paleta con fin de congelar este momento por unos segundos para tener una memoria exacta de este momento inolvidable.

Después de que el espectáculo termina, aterrizas flexiblemente y seguram en suelo que te desvuelve en la realidad tan pronto como sientes la tierra debajo de tus piernas. Al notar que el saque es perfecto, con mucha fuerza, espiras aliviada sin que falte una sonrisa grande y te vuelves loca de contenta. ¡Victoria!

# Ángel de la noche

Olivia Zickgraf

Bruscamente, Juanito se cae al suelo duro, siendo arrancado de sus pensamientos con un golpe. Jadeando, se queda de rodillas, tan consciente del dolor punzante en sus palmas raspadas y la sangre goteando en el suelo, con la que su cuerpo desesperadamente intenta limpiar la tierra. Estaba demasiado absorto en las escenas que se reproducían ante su ojo interno para prestar atención a dónde lo llevaban huyendo sus pasos. ¿Dónde está? Mira a su alrededor con ansiedad.

Se ha puesto oscuro mientras estaba corriendo como si hubiera sido picado por una tarántula, impulsado por las imágenes en su mente. Su tobillo se quedó atrapado en una raíz negra, envolviéndolo como si fuera una pitón mirando a su víctima al hacer su respiración última. Una ráfaga de frío hace temblar a Juanito.

Rápidamente, se libera el tobillo y, con más precaución, se levanta. Vacilante pone un pie delante del otro. Abetos intrincados forman un corredor estrecho que ha seguido en su carrera a ciegas. Las agujas de las que gotea la resina se extienden hacia arriba,

cubriendo el cielo nocturno que normalmente brilla con miles de estrellas en esta área y, mientras tanto, dejando la noche con una oscuridad completa.

En el suelo, olas de niebla flotan a través de la noche negra, pareciendo espesarse con cada paso que Juanito intenta dar, luchando contra sus rodillas temblando. Detrás de las gavillas densas se puede vislumbrar la silueta de una valla alta con puntas agudas como si quisieran atravesar a cualquiera que se atreva tan solo a pensar en cruzarla. Entre las estacas largas se destacan los contornos de unas piedras con forma rectangular. Una figura de un ángel con vestido fluido y alas extendidas está de pie en una de ellas, inclinándose ante él y tendiéndole una mano como si lo saludara. La vista estremece a Juanito y hace que se le pongan los pelos de punta que aún no tenía tiempo suficiente para crecer y todavía le recuerdan al pelo de un bebé.

Lentamente se da la vuelta con la intención de regresar a casa y de olvidar todas las cosas terribles que le hacían huir al principio pero que parecen tan insignificantes comparado con la sensación de horror puro que se extiende en su pecho. Mientras que no puede reconocer un camino entre los abetos negros, como si se hubieran estrechado después de que él los pasara, dejándole solamente el camino libre hacia el ángel que parece que está mirando a Juanito expectante. No obstante, valeroso empieza a abrirse paso a través de las densas ramas cuyas agujas lo pinchan, como si los abetos chocaran intencionalmente contra su piel.

Después de unos pocos pasos se sienta como si estuviera pegado a las agujas resinosas de los árboles enormes que extienden sus ramas bastas a él, despacio. Juanito se arrodilla lentamente con sus manos abiertas, sus ojos llenos de miedo. Siente como las ramas lo abrazan suavemente, lo levantan y lo llevan hacia el ángel que extiende sus alas lentamente y tiende su mano a Juanito con una sonrisa que congela toda la noche.

Continuará...



Ophelia Arnold

En mi mente a veces hay cosas maravillosas y locas, pero durante la noche, en tus sueños, es el único momento en el que es posible ser otra persona o vivir en otra dimensión.

Por ejemplo, en la noche pasada tuve un sueño de otro mundo y quiero contártelo, porque era tan colorido y luminoso!:

Estaba cayendo de mucha altura y de repente aterricé sobre un pajero. Con los ojos bien abiertos busqué algo conocido. Pero lo único que podía ver era un campo vacío. Al levantarme oí una voz alto detrás de la paja.

Con mucha ansiedad me di la vuelta y estaba mirando directamente la cara de un caballo hermoso. Y como si nos conociéramos desde hacía mucho tiempo me preguntó: “Hola, ¡¿cómo estás?!”

Estaba totalmente confundida. Cerrando los ojos otra vez - porque no podía creer toda la situación – sentí un viento en la cara, suave y ligero, y al abrir los ojos de golpe estaba viéndome a mí misma a lomos del caballo. Me sentí fuerte, sentand en esta altura y sintiendo cómo el viento cme soplab a el pelo. El caballo se pus a moverse con

elegancia, tranquilamente. Estirando la patas a la izquierda y a laderecha el caballo se puso a correr.

era como volar por el campo, como si fuera un pájaro. Durante esta escena algo cambió y pensando en el pájaro ¡de repente miré toda la tierra desde arriba! Los brazos estirados se convirtieron en alas e iniciando a moverlas me quedé en el cielo. Con alegría intenté aumentar la velocidad. En el horizonte podía ver el mar, brillando en la luz del sol.

Agitando las alas estaba me moviendo sobre las selvas verdes, el mar tan azul como el cielo y tan claro que se podía ver los pescados abajo de la superficie del mar. Me acerqué a una ciudad pequeña, tranquila que parecía un poquito dormida y desértica. Mientras volaba más cerca a la tierra era posible observar la gente en las calles, la actividad en el mercado, ruidoso, frenético. Me senté en un tejado para poder mirar atentamente la vida en el mercadillo. Una mujer, llevando una cesta en su mano, llena de verdura y frutas, andaba por los puestos del mercado, a veces se detenía para mirar las ofertas y hablar entusiasmada con otra gente. Estaba a punto de salir cuando noté que no tenía ni idea como volar de nuevo. Por eso decidí saltar al suelo, pero cuando caí las alas no se movían, rígida e inmóvil por tanta la ansiedad aumentó rápidamente en mi pecho. Justo en aquel momento en el cual me hubiera roto de repente me desperté con sudor frío, bien despierta y asustada.

Este sueño que se siente tan real como la vida diaria me afectó de dos formas: comprendí que la vida se puede sentir suavemente, libre como un pájaro sin preocupación que simplemente disfrutas la libertad. por el contrario hay situaciones en las que es justificado tener miedo pero que muchas veces pasan tan rápido como han aparecido.

# Ángel de la madrugada

Paula Hirzle

A Juan le gusta levantarse de madrugada mientras toda la familia todavía está soñando. Le encanta esta tranquilidad cuando se pone su ropa para correr y sale de la casa, dejando el pequeño pueblo atrás. Hoy, como cada vez, disfruta de este primer momento del día, percibiendo la apacibilidad de la naturaleza a su alrededor y, mientras tanto, acelera el ritmo de sus pasos...

Uno, dos. Uno, dos. Respirando profundamente Juan inhala el aroma húmedo del bosque al que se acerca con cada paso. Uno, dos. Uno, dos. Relajándose con cada segundo un poco más siente el cosquillo de los primeros rayos de sol del día en su cara. Uno, dos. Uno, dos. Entretanto escucha también el tierno crujido de las hojas del bosque, el golpear de las gotas con cada movimiento de las ramas con el viento.

El camino dentro del bosque está muy fangoso bajo de sus pies, obligándole de correr más despacio mientras el barro salpica sus tobillos así como sus pantorillas. Al doblar la primera esquina, la esquina con la valla del cementerio, Juan – conociendo bien la

pista – hace un breve salto para no tropezar con las raíces negras que sobresalen de la tierra cubierta de musgo.

Justo en el momento del salto, echando un vistazo a la valla alta con sus puntas agudas a la izquierda, una sensación de frío glacial se dispara a través de sus venas. Con un sonido sordo Juan se ateriza, luchando por su equilibrio. Se queda paralizado, atónito al ver el horror a unos pocos metros de distancia.

El escenario le parece como si hubiera pasado ahí un ritual de secta, de crueldad tan extrema que le oprime el pecho, que no le permite respirar suficiente aire: Un cuerpo inanimado colgando en las puntas de la valla, pendiendo flojamente, con los brazos estirados a ambos lados, formando una T. Juan siente la urgente necesidad de cerrar los ojos ante la visión de ese susto pero ningún músculo sigue a sus órdenes mentales que circulan incontroladamente en su cabeza – ni siquiera en el momento en el que da cuenta de que se trata de un niño, con una expresión de la cara casi pacífica lo que le parece una ironía sádica increíble.

Juan siente que sus piernas dejan de mantener su propio peso, que lentamente el sol se está acercando. Los guirrajos del camino pinchan dentro de la piel sensible de sus rodillas – pero no siente el dolor. El único sentimiento es la angustia, como si alguien lo hubiera fuertemente atado a su tronco con una cuerda. Casi puede oler la cuerda, mezclado con el sabor metálico de sangre fresca dentro de su boca. Juan da cuenta con una lentitud tremenda de que se había mordido la lengua como le ocurrió la última vez cuando era un niño pequeño y todos solían llamarle “Juanito”. Bruscamente Juan sacude la cabeza con toda la voluntad que puede reunir, como si intentara regresar a la realidad – una realidad que todavía lo tiene conmocionado.

Lentamente Juan levanta una rodilla, y apoyándose con las dos manos, se pone de pie... intentando de ignorar sus piernas temblantes. Con pasos pequeños se acerca a la valla. Uno a Juan le gusta levantarse de madrugada mientras toda la familia todavía está soñando. Le encanta esta tranquilidad cuando se pone su ropa para correr y sale

de la casa, dejando el pequeño pueblo atrás. Hoy, como cada vez, disfruta de este primer momento del día, percibiendo la apacibilidad de la naturaleza a su alrededor y, mientras tanto, acelera el ritmo de sus pasos...

Uno, dos. Uno, dos. Respirando profundamente Juan inhala el aroma húmedo del bosque al que se acerca con cada paso. Uno, dos. Uno, dos. Relajándose con cada segundo un poco más siente el cosquiello de los primeros rayos de sol del día en su cara. Uno, dos. Uno, dos. Entretanto escucha también el tierno crujido de las hojas del bosque, el golpear de las gotas con cada movimiento de las ramas con el viento.

El camino dentro del bosque está muy fangoso bajo de sus pies, obligándole de correr más despacio mientras el barro salpica sus tobillos así como sus pantorillas. Al doblar la primera esquina, la esquina con la valla del cementerio, Juan – conociendo bien la pista – hace un breve salto para no tropezar con las raíces negras que sobresalen de la tierra cubierta de musgo.

Justo en el momento del salto, echando un vistazo a la valla alta con sus puntas agudas a la izquierda, una sensación de frío glacial se dispara a través de sus venas. Con un sonido sordo Juan se ateriza, luchando por su equilibrio. Se queda paralizado, atónito al ver el horror a unos pocos metros de distancia.

El escenario le parece como si hubiera pasado ahí un ritual de secta, de crueldad tan extrema que le oprime el pecho, que no le permite respirar suficiente aire: Un cuerpo inanimado colgando en las puntas de la valla, pendiendo flojamente, con los brazos estirados a ambos lados, formando una T. Juan siente la urgente necesidad de cerrar los ojos ante la visión de ese susto pero ningún músculo sigue a sus órdenes mentales que circulan incontroladamente en su cabeza – ni siquiera en el momento en el que de da cuenta de que se trata de un niño, con una expresión de la cara casi pacífica lo que le parece una ironía sádica increíble.

Juan siente que sus piernas dejan de mantener su propio peso, que lentamente el sol se está acercando. Los guirrajos del camino pinchan dentro del piel sensible de sus

rodillas – pero no siente el dolor. El único sentimiento es la angustia, como si alguien lo hubiera fuertemente atado a su tronco con una cuerda. Casi puede oler la cuerda, mezclado con el sabor metálico de sangre fresca dentro de su boca. Juan da cuenta con una lentitud tremenda de que se había mordido la lengua como le ocurrió la última vez cuando era un niño pequeño y todos solían llamarle “Juanito”. Bruscamente Juan sacude la cabeza con toda la voluntad que puede reunir, como si intentara regresar a la realidad – una realidad que todavía lo tiene conmocionado.

Lentamente Juan levanta una rodilla, y apoyándose con las dos manos, se pone de pie... intentando de ignorar sus piernas temblantes. Con pasos pequeños se acerca a la valla. Uno, dos. Uno, dos. en lugar del sol matinal siente ahora un frío cortante que le pone la carne de gallina. Uno, dos. Uno, dos. Las sombras de los árboles gigantes envuelven la escena en un ambiente oscuro y funesto. Uno, dos. Uno, dos, tres. Juan está ahora llegado a una distancia que le permite ver los ojos vacíos, sin ninguna expresión en una cara pálida – una afirmación cruel de la certeza interior que ya sintió desde el primer vistazo. Apretando los dientes Juan aparta la vista a un lado, dándose cuenta de las palmas raspadas y un dedo estirado, como si el niño le quisiera mostrar algo. Su mirada sigue la dirección indicada y lo reconoce de súbito – grabado en la madera de la valla vieja – siete símbolos. Se inclina ligeramente hacia adelante para descifrar el escrito. Una onda electrizante le arrastra en el momento en el que Juan se da cuenta de lo que está escrito en la valla: el nombre Juanito. Mientras aún está intentando de mantenerse de pie, una cortina negra desciende ante sus ojos. dos. Uno, dos. en lugar del sol matinal siente ahora un frío cortante que le pone la carne de gallina. Uno, dos. Uno, dos. Las sombras de los árboles gigantes envuelven la escena en un ambiente oscuro y funesto. Uno, dos. Uno, dos, tres. Juan está ahora llegado a una distancia que le permite ver los ojos vacíos, sin ninguna expresión en una cara pálida – una afirmación cruel de la certeza interior que ya sintió desde el primer vistazo. Apretando los dientes Juan aparta la vista a un lado, dándose cuenta de las palmas

raspadas y un dedo estirado, como si el niño le quisiera mostrar algo. Su mirada sigue la dirección indicada y lo reconoce de súbito – grabado en la madera de la valla vieja – siete símbolos. Se inclina ligeramente hacia adelante para descifrar el escrito. Una onda electrizante le arrastra en el momento en el que Juan se da cuenta de lo que está escrito en la valla: el nombre *Juanito*. Mientras aún está intentando de mantenerse de pie, una cortina negra desciende ante sus ojos.

# Cuadro de palabras

Tobias Schindler

Un cielo como si fuera el último día del mundo, con nubes brutas y grises llevadas por el viento que surge sobre el mar extendiéndose en larga distancia. Resulta difícil descubrir formas claras a causa del paisaje confundiéndose como una gota que cae al agua creando olas que se extienden sobre la superficie en movimientos regulares, creciendo en intensidad hasta que se mueren y dejan una tranquilidad casi divina. Sin embargo, a veces se ve una forma difusa como un fantasma, pero con una cierta familiaridad como si fuera una cara olvidada surgiendo de la oscuridad despertando un sentimiento íntimo como es aroma de algo familiar sin saber claramente lo que es.

De repente, aparece un vacío en la capa de nubes creando un rayo de sol iluminando la forma difusa a lo lejos. Se ve un árbol muy antiguo y nudoso como una mujer de edad oponiéndose al viento que sopla sobre la colina donde crece el árbol en soledad. El árbol se inclina hacia la derecha como si intentara evitar el viento. Por un lado, crea un sentimiento de lastima a causa de la vulnerabilidad del árbol hacia el viento; por

otro lado, no es posible mirar el árbol sin sentir un sentimiento de admiración por el árbol antiguo que parece como si hubiera estado en exactamente este lugar desde los albores del tiempo.

Solamente un instante más tarde, las nubes se condensan de nuevo cubriendo el árbol como si nunca hubiera estado allí, dejándome en oscuridad. De repente, tengo frío como si la vista del árbol fuera la única cosa que me pueda calentar. Tomo la decisión de volverme a casa girando mi cabeza hacia el árbol por última vez; ahora soy capaz de verlo claramente.